

**LA UTOPIA CRIOLLA EN
EL SIGLO XX:
CULTURA Y POLÍTICA DEL
NACIONALISMO
RESTAURADOR EN ARGENTINA**

Carlos M. Tur Donatti

LA UTOPIA CRIOLLA EN EL SIGLO XX: CULTURA Y POLÍTICA DEL NACIONALISMO RESTAURADOR EN ARGENTINA

*Carlos M. Tur Donatti**

I. Palabras iniciales

*...cómo a nuestro parecer cualquier
tiempo pasado fue mejor*

Jorge Manrique, Siglo XV

En la cultura y la política argentinas de nuestro siglo, son notorias una caudalosa producción simbólica y una persistente militancia pública, fundadas en una peculiar elaboración del nacionalismo, crítica y opuesta a la del pensamiento liberal, que en esta investigación denominamos restaurador, hispanista o contrarrevolucionario. Anclado en certezas profundas de la mentalidad criolla dominante, se va configurando como una propuesta contestataria a la "belle époque" oligárquica y, con particular fuerza, a la experiencia democratizadora del radicalismo, gobernante entre 1916 y 1930. El auge del nacionalismo contrarrevolucionario coincide con los años de reacción a nivel mundial, y de restaurado predominio conservador probritánico en la Argentina posterior a 1930. En su vasta producción cultural —que se expresa en la historiografía, literatura, arquitectura, pintura— confronta agresivamente a la corriente cosmopolita liberal, la más amplia de la cultura burguesa argentina, y a las manifestaciones cuestionadoras de las vertientes de izquierda. La decisiva influencia que ejerce sobre la acción cultural de los primeros gobiernos peronistas, entre 1946 y 1955, constituye una inesperada prolongación de su vigencia.

* Profesor investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

Aunque aún hoy puedan rastrearse residuos de aquel universo ideológico tradicionalista, por ejemplo, en las declaraciones de los militares "carapintadas" ultraderechistas, la decadencia de esta propuesta política se confirma con la consolidación del primer peronismo, y su disgregación-transformación en el terreno cultural se acelera a partir del derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955. Había llegado la época del desarrollismo, de aceptar la hegemonía norteamericana con la consiguiente apertura universalista, que significa una profunda modernización cultural, siguiendo pautas francesas y norteamericanas. En literatura, arquitectura, pintura, se consolidan o imponen líneas innovadoras, muchas de ellas derivadas de los países centrales; en la crítica política e historiografía el legado del nacionalismo restaurador se transforma en fuente de la triunfante cultura populista de los años 60. Los artífices de esta vasta reelaboración cultural son, sin embargo, intelectuales provenientes de campos político-simbólicos parcialmente afines o abiertamente antagónicos del mencionado nacionalismo, cada vez más identificado, por su parte, con la prédica desarrollista. En esta investigación, precisamos finalmente, proponemos un primer nivel de descripción y análisis de la múltiple oferta simbólica del nacionalismo contrarrevolucionario, sus relaciones con el peronismo en el poder y transformaciones en el fértil y conflictivo período entre 1955 y 1970, en que concluye su vigencia en la realidad argentina. Estos tres nudos problemáticos pensamos que no han sido indagados exhaustivamente hasta hoy en la dialéctica entre cultura y política dominantes en la Argentina del siglo XX.

II. Los precursores

Pues ha llegado el momento de sentirnos argentinos, y de sentirnos americanos, y de sentirnos, en último término, españoles, puesto que a la raza hispánica pertenecemos.

Manuel Gálvez, 1913

El Estado oligárquico en Argentina fue decididamente consolidado, a partir de 1880, con la elevación al poder nacional del general Julio A. Roca. La denominada "generación del 80" comenzó entonces a realizar el proyecto liberal criollo de construir una nación moderna, abierta a la división internacional del trabajo.

Los medios para acelerar la especialización agropecuaria de la economía argentina fueron provistos por Europa Occidental. Con la inmigración ma-

siva de italianos y españoles, e importantes inversiones y empréstitos de la banca londinense, también llegaron las ideas y las modas de la *Belle Epoque*. El positivismo resultó la doctrina oficial del Estado oligárquico y su capital política fue construida siguiendo fielmente las pautas arquitectónicas parisinas.

La interpretación liberal del pasado era elaborada por Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, para justificar el proyecto en marcha y crear consenso entre las nuevas generaciones. En el terreno de la plástica los artistas viajaban con frecuencia a Europa, y hasta los cruciales años veinte, no superaron las pautas académicas o un tímido impresionismo.

Esta producción cultural abierta y cosmopolita, convencidamente europeísta, logró consenso en una sociedad en rápida construcción hasta los años en torno a la Primera Guerra Mundial. Aunque ya en la década inicial del siglo, que será de vertiginoso crecimiento económico y encumbrará como su cantor cortesano a Rubén Darío, comenzaron a manifestarse voces disidentes dirigidas contra el positivismo y en defensa de los valores tradicionales, arrinconados en las provincias. Escritores como Ricardo Rojas (1882-1957) y Manuel Gálvez (1882-1962), provincianos sensibles a la cultura criolla y ganados por el idealismo aristocratizante del uruguayo José Enrique Rodó, pugnarón por una peculiar espiritualización y alejamiento del "egoísmo cosmopolita" que se difundía desde Buenos Aires.

En esta tarea precursora de una cultura nacionalista defensiva, Rojas, con sus moderadas críticas a los padres fundadores del liberalismo, ya insinuaba una revisión de la escuela historiográfica en boga, y Manuel Gálvez, que abandonando tempranamente la hispanofobia reingresó al catolicismo, proclamó en *El solar de la raza*, publicado en 1913:

Contra las ridículas modas, contra las influencias extrañas que nos descaracterizan, pretende reaccionar el actual nacionalismo argentino. ¡Feliz y oportuna aparición de este noble sentimiento! El nos exige dejar a un lado las tendencias exóticas y nos invita a mirar hacia España y hacia América. (...) Pues ha llegado ya el momento de sentirnos argentinos, y de sentirnos americanos, y de sentirnos, en último término, españoles, puesto que a la raza hispánica pertenecemos.¹

Fue en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando la prédica de Rojas, Gálvez y Leopoldo Lugones —aunque este último cultivaba un vitalismo irracionalista, admiraba a Estados Unidos y se definía anticristiano e hispanóphobo— preparó el terreno en la cultura y la política para el gran viraje posterior, cuando se desencadenó la reacción espiritualista contra el positivismo. La iniciativa corresponde a Alejandro Korn, que incita a la

lectura de los clásicos y contemporáneos —Kant, Hegel, Bergson, Croce— y se convierte en 1919 en el primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, electo con el apoyo del ascendente movimiento estudiantil de la Reforma Universitaria.²

La reacción espiritualista entraba de la mano de la democratización en la principal universidad del país; eran desplazados a un tiempo el positivismo identificado con el antiguo régimen y sus profesores ahora impugnados. Pero la intelectualidad dominante tendría entre 1912 y 1922 otros motivos más globalizantes de preocupación y comenzaría a acentuar una mentalidad defensiva, ante el triunfo electoral de la Unión Cívica Radical y las movilizaciones obreras.

El ascenso del radicalismo al poder en 1916 y el liderazgo de Hipólito Yrigoyen, con amplia base en los sectores medios y populares, despertó un contundente rechazo clasista en los medios conservadores y sus intelectuales. La opinión de Leopoldo Lugones sobre este gobierno era evocada años más tarde por su hijo: “Parecía no haber remedio ya para tanto desorden, porque sobre todas las cosas radicaba el mal en una total indisciplina: mandaban los de arriba a los de abajo sin ser acatados; pues pretendían éstos ser obedecidos por aquéllos (...) Cuento los hechos tales como los palpé entonces la gente de bien (...)”.³

Los sectores medios y obreros se movilizaron con inusitada decisión bajo el régimen yrigoyenista. En 1918 estalló el movimiento de la Reforma Universitaria en la tradicional Universidad de Córdoba, que con el apoyo de la administración radical, logró por primera vez la participación estudiantil en el gobierno universitario. Los gremios obreros, presionados por la carestía de las subsistencias e influidos por los acontecimientos revolucionarios europeos, fueron protagonistas de masivas y fervorosas huelgas, cuyos picos de violencia represiva se registraron en Buenos Aires en 1919 y en 1922 en La Patagonia, con un saldo de centenares de muertos.

Los acontecimientos internacionales tampoco contribuyeron a mantener la ideología liberal ni los modelos culturales europeos. La Primera Guerra Mundial y la Revolución de Octubre hicieron tambalear la fe dominante en el progreso; la reacción italiana que llevó a Benito Mussolini al poder en 1922, pronto hizo evidente su incompatibilidad con las concepciones del siglo XIX.

Para fines de los años 10, la creencia en la superioridad cultural y política de Europa había sido seriamente vulnerada. El uso masivo de sus potencialidades científicas y económicas en una macabra tarea de exterminio, el estallido de la Revolución Soviética, y en nuestro propio continente el afianzamiento de la mexicana, llevaron a muchos intelectuales latinoamericanos

a aceptar la prédica pesimista de Oswald Spengler: Europa era sólo una civilización más, precedera como tantas otras en el pasado. No representaba la culminación de la historia humana, como se había creído en el siglo XIX.

Comenzaba entonces, un profundo cambio de actitud entre los intelectuales: la utopía había que encontrarla en nuestro suelo y entre nuestras gentes. Había llegado la hora de un diversificado auge nacionalista en el terreno de la cultura.⁴

III. Estallido de los nacionalismos

Ha sonado otra vez, para el bien del mundo, la hora de la espada.

Leopoldo Lugones, 1924

Las manifestaciones precursoras estallan en la producción arquitectónica y pictórica, rechazando los neos en la primera y el academicismo e impresionismo tardío en la segunda; sugestivamente, la ruptura se recuesta en una actitud evocativa y nostálgica hacia el pasado rioplatense.

Rompiendo con el eclecticismo europeizante, a mediados de la segunda década, surge Martín Noel (1888-?), que propone una vuelta a la arquitectura colonial española. En realidad, este buceo en el pasado colonial lleva a otro *revival* pero consigue abrirse un espacio, y en los años 20, el mencionado arquitecto construye en dicho estilo, casas de estancia, museos y residencias particulares.⁵

Más refrescante y abierta a futuros desarrollos resultó la irrupción del pintor uruguayo Pedro Figari (1861-1938), cuya primera exposición porteña en 1921, causó sensación entre los jóvenes artistas e intelectuales. La "gracia candorosa y el extraño poder de sus evocaciones"⁶ que se manifestó en una temática vuelta al pasado colonial o al siglo XIX, estuvo exenta de todo empaque académico. Sus peculiarísimos colores opacos transmitían una inédita lección de sencillez, intimismo y humor. Las enseñanzas que se desprendieron de la pintura del maestro uruguayo tendrían muy disímiles y talentosos seguidores.

En la Argentina de la época encontramos por lo menos tres grandes respuestas a la nueva situación. La expresada en el movimiento "martinfierriista", identificaba la cultura nacional con las innovaciones vanguardistas engendradas en las grandes urbes de los países centrales; esta actitud cosmopolita y ecléctica propició la importación de todos los "ismos" de la vanguardia europea de aquellos años, que estaba revolucionando el arte y la literatura.⁷ En la revista *Martín Fierro*, 1924-1927, encontramos

los primeros artículos de Alberto Prebisch sobre el racionalismo en arquitectura⁸ y críticas entusiastas sobre las telas del cubista sintético Emilio Pettoruti o del surrealista Xul Solar.⁹

La segunda corriente, constituida por los integrantes del grupo "Boedo", sostendría la necesidad de un arte comprometido y elegiría como maestro a Máximo Gorki, sin retacear interés por el proyecto realista de Manuel Gálvez de escudriñar por medio de la novela la sociedad argentina de su tiempo. La insistencia en que el arte no debía ser privilegio de una minoría, inclinó a sus adherentes a la novelística, destacando entre ellos Roberto Arlt (1900-1942). Otra técnica que consideraron adecuada a su concepción estética y definición política fue el grabado, como vehículo de ilustración de ideas o, más tarde, incitados por el ejemplo mexicano, la pintura mural, que intentaron Antonio Berni (1905-1981) y Lino E. Spilimbergo (1864-1964).¹⁰

La tercera variante, la que más nos interesa analizar, despliega una clara reafirmación conservadora, en una producción múltiple, que preanuncia la cultura del nacionalismo hispanista de las dos décadas siguientes. Como respuesta a los agitados años de 1917 a 1922 se produjo un renacimiento católico. En Córdoba, el erudito catedrático Luis Guillermo Martínez Villada (1886-1959), inició la difusión del pensamiento del publicista francés Charles Maurras, y Rómulo Carbia (1885-1944), en Buenos Aires, realizó una vasta obra historiográfica para reconstruir el pasado religioso argentino y asumir la defensa de la tradición hispánica en América.¹¹

Una notoria quiebra con respecto a las ideas dominantes hasta mediados de la década anterior se manifestó en las opiniones políticas y se vislumbró en la literatura o en cierta producción pictórica. Leopoldo Lugones la precisa con brutal claridad, después de proclamar en 1924 "la hora de la espada":

Antes de la guerra era posible, a mi entender, creer en la libertad, la justicia, la democracia, la igualdad y demás ideologías del racionalismo cristiano. Después de aquel experimento no veo cómo. El jefe resulta de una necesidad vital y la fuerza es la única garantía positiva de vivir; y en las razas de combate como la humana, la suprema razón es el triunfo de la fuerza. Se nace león, o se nace oveja, nadie sabe por qué; pero el que nace león, se come al que nace oveja, sencillamente porque ha nacido león.¹²

El mismo Lugones, en *El libro de los paisajes*, en 1917, adelantó de manera precursora la nueva actitud hacia la población y las actividades pampeanas; y, en las novelas de Ricardo Güiraldes (1886-1927) y Benito Lynch (1885-1952), el gaucho, antes menospreciado, adquirió una nueva e inesperada dignidad.¹³

En sus poemas, Lugones oponía a la fracturación de la vida urbana, la tranquila estabilidad de la cotidianidad rural; en *Don Segundo Sombra*, 1926, de Güiraldes, una de las obras maestras de la novelística continental, no se utiliza una tabla de valores europeos, el protagonista afirma los propios, y en las vicisitudes de la vida campesina es capaz de plenitud y armonía.

No puede resultar menos que sorprendente esta reivindicación del peón ganadero en la literatura de hijos de familias terratenientes. La pista que puede conducirnos a explicar esta inesperada revaloración está en el cambio de actitud de los estancieros con respecto a los inmigrantes, después del advenimiento al poder del radicalismo democratizador y las agitaciones sociales entre 1917 y 1922. Los enemigos de la estabilidad social y el progreso oligárquico eran los "tanos" y "gallegos" anarquistas, socialistas, comunistas. Era entonces inevitable volver la mirada a la utopía pampeana, a sus ciclos naturales y dilatados paisajes, a las costumbres criollas del latifundio patriarcal y ganadero.

Esta huida romántica de la ciudad capitalista y sus conflictos, este refugiarse en el campo y en el pasado, la encontramos en el pintor entrerriano Cesáreo Bernaldo de Quirós (1881-1958). Después de una carrera convencional de viajes a Europa y algunos premios académicos, con una anticuada técnica impresionista y una actitud de rechazo a las vanguardias, emprende su peculiar búsqueda de lo nacional y se recluye diez años en los campos de su provincia natal. Para fines de los 20 ha encontrado su mundo temático de gauchos, estancieros y montoneras federales; la pampa bárbara y heroica del siglo pasado surge impetuosamente de sus cuadros, y su producción ilustra la utopía criolla, que comienzan a exhumar novelistas e historiadores.¹⁴ Al llegar Hipólito Yrigoyen a su segunda presidencia en 1928, elegido por una abrumadora mayoría, se ponen de manifiesto sus tímidas inclinaciones reformistas y se convierte en el catalizador de las tendencias antes esbozadas, creándose el clima propicio que facilitó el crecimiento en la cultura y la política del nacionalismo hispanista.

A fines de 1927 apareció *La Nueva República*, primer periódico orgánico de este movimiento, cuyos objetivos estaban definidos en su lema: "Organicemos la contrarrevolución, defendámonos de la demagogia, unámonos en la Nueva República".¹⁵ Algunos datos biográficos de sus principales animadores, el director Rodolfo Irazusta y Ernesto Palacio, redactor jefe, sirven para ilustrar el viraje cultural y político que significó la emergencia del nacionalismo contrarrevolucionario.

Irazusta era hijo de un estanciero radical de la provincia de Entre Ríos; durante el ritual viaje a Europa, en los años 20, trabó conocimiento con Charles Maurras en París, lo que influyó decisivamente en él. Su forma-

ción en esos años le llevó a frecuentar clásicos y modernos, pero mostró ya una peculiar inclinación por la literatura española y autores como Marcelino Menéndez y Pelayo y Ramiro de Maeztu.¹⁶

Más compleja es la trayectoria intelectual y política de Ernesto Palacio, simpatizante juvenil del anarquismo y la Reforma Universitaria; participó en la aventura vanguardista del martinfierrismo, que lo decepcionó, para evolucionar hacia el pensamiento conservador e ingresar al catolicismo.¹⁷ Poco tiempo después, en marzo de 1928, en el número inaugural de la revista *Criterio*, órgano del renacimiento católico tradicionalista, Palacio censuraba el arte moderno, por haber olvidado "las nociones eternas de Verdad, Bien y Belleza objetiva".¹⁸

La contrarrevolución en los espíritus que propiciaban los nacionalistas sería "esencialmente dogmática, realista, tradicional y religiosa", según César Picó, colaborador de *La Nación*, y según profetizaba, "ya se entreveía una nueva 'Edad Media' en el horizonte".¹⁹ Resulta irónico comprobar que las fuentes ideológicas de este nacionalismo criollo, son abrumadoramente europeas, con las únicas excepciones de Juan Bautista Alberdi y el mexicano Carlos Pereyra. Aparte de algunos clásicos antiguos y el obligado Tomás de Aquino, la línea directriz es clara: Burke, Rivarol, de Maistre, Bonald, Comte, Maurras, Berdiaeff, Donoso Cortés, Balmes, Menéndez y Pelayo, Belloc.²⁰

El objetivo político de *La Nueva República* fue preparar el ambiente para el golpe de estado que terminaría derribando a Yrigoyen en 1930. Esta "minoría de hombres inmunes a la heredosifilis liberal que venía regenteando al país desde Caseros", según la definición de Ignacio B. Anzoátegui,²¹ coincidía en un modelo de sociedad y estado. Leopoldo Lugones, Rodolfo Irazusta y Manuel Gálvez se definían a favor de Benito Mussolini y la organización fascista.²²

La campaña de estos escritores no se redujo, sin embargo, a la feroz crítica del radicalismo y su líder; en 1928, llegó a Buenos Aires un connotado intelectual derechista, Ramiro de Maeztu, como embajador del dictador Primo de Rivera, y su cálida relación con los nacionalistas, incitó a una revisión de la historia y la relación con España. Se consolidó entonces uno de los temas mayores de esta corriente: el hispanismo, que pedía la reanudación de los lazos "étnicos", y se interrogaba sobre la posibilidad de "una mayor comunidad de propósitos entre los pueblos de raza hispánica", porque "apagadas las últimas repercusiones de las luchas de la independencia, España vuelve a ser la madre de veinte países, formados con su sangre y su espíritu".²³

En otro frente de la disputa cultural, Carlos Ibarguren (1877-1956), recibió en 1930 el Premio Nacional de Literatura por su libro *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama y su tiempo*.²⁴ El autor era un intelectual y político de originaria militancia liberal, al que los jóvenes nacionalistas reconocerían como uno de sus maestros por su aporte al naciente *revisionismo histórico*. Los intelectuales que estaban promoviendo abiertamente la ruptura del orden constitucional y proclamando la necesidad de un nuevo ordenamiento corporativo, no podían menos que recibir con beneplácito la implícita crítica a la interpretación liberal de la historia que sugería la reivindicación de Juan Manuel de Rosas.

Comenzaba entonces sistemáticamente una inédita lectura del pasado como necesidad para sustentar un proyecto de país, lejano de las tradiciones liberales y las prácticas democráticas. Rosas, poderoso estanciero y gobernante de mano dura, hábil defensor de la soberanía nacional, prefiguraba al líder que los nacionalistas restauradores esperarían durante décadas ver surgir desde las filas militares.

IV. A la búsqueda del retorno y del destino

...el pasado, al encarnarse y ser interpretado por un personaje vigoroso, recobra su señorío, y tomando impulso en el hecho revolucionario que lo negaba, resucita al conjuro de una política personal y restauradora.

Federico Ibarguren, 1942

En septiembre de 1930, un general provinciano de aristocrática prosapia y admirador del ejército alemán, José Félix Uriburu, encabezó el golpe militar contra la tambaleante administración radical. La continuidad constitucional y la experiencia democratizadora quedaban así quebradas, y se establecía un régimen con veleidades corporativas, en el que los jóvenes nacionalistas depositaron sus expectativas contrarrevolucionarias. Al poco tiempo, los políticos conservadores, identificados con el antiguo régimen oligárquico, impusieron una salida electoral fraudulenta, encabezada por el general Agustín P. Justo. Los radicales, partido claramente mayoritario, fueron proscritos, y una alianza de derechas controló el poder nacional mediante el fraude y la represión hasta 1943.

El modelo económico de la generación de 1880, basado en las exportaciones pampeanas y los empréstitos extranjeros, había sido arruinado por la crisis. Su reajuste favorable a los grandes ganaderos, que remachaba la subordinación a Inglaterra, creó, sin embargo, condiciones objetivas para la expansión de las industrias livianas y las economías regionales. Estos años de crisis y diversificación económica, de espurio control conservador, fueron a su vez de notable creatividad simbólica. Buenos Aires, el gran centro cultural de América del Sur, atrajo a exiliados e intelectuales latinoamericanos y acogió a los españoles republicanos, creadores de editoriales tan importantes como Losada y Sudamericana.²⁵

Para no incurrir en una sobrevaloración del aporte cultural y político de los nacionalistas restauradores y falsear la perspectiva histórica, haremos una breve caracterización de las otras tendencias que impregnaron y expresaron la producción cultural de 1930 a 1943. La fundación en 1931 de la revista *Sur* por Victoria Ocampo, hija de poderosos latifundistas y admiradora de las literaturas francesa, inglesa y norteamericana, demuestra la decisión de integrarse a una vanguardia internacional, de "mantener abiertos los vasos comunicantes con Europa e identificarse con una cultura que trascendiera las fronteras nacionales".²⁶

Sur continuaba la vieja tendencia de cosmopolitismo liberal, combinada con el deseo de los martinfierristas de integrarse a la vanguardia europea, urbana y experimental. Jorge Luis Borges (1889-1988), su escritor más creativo, de ecléctica y vastísima cultura, considera los sistemas filosóficos sólo como juegos con la eternidad. En sus *Ficciones* —combinación de ensayo y cuento— realza el cultivo de la forma y expresa su escepticismo sobre las diferentes tradiciones intelectuales.²⁷ Sin embargo, cuando tiene que precisar en qué mundo cultural y político se ubica, demuestra una contundente claridad: "Para los europeos y americanos hay un orden —un solo orden— posible: el que antes llevó el nombre de Roma y que ahora es la cultura del Occidente. Ser nazi... es, a la larga, una imposibilidad mental y moral".²⁸

La tendencia militante de la cultura argentina de aquellos años se manifestó ya con la fundación de la revista y la editorial *Claridad*, en 1922. La influencia de Henri Barbusse y la izquierda intelectual francesa, pacifista y simpatizante de la Unión Soviética, inclinó a varios escritores argentinos hacia una literatura social. Entre los autores del grupo Boedo, el mencionado Roberto Arlt, se destacó por sus novelas *Los siete locos*, 1929, y *El lanzallamas*, 1931, en las que los alienados, con toda lógica, impugnan a la sociedad de la época, y el escritor aprovecha para lanzar una recusación generalizada al capitalismo. Estos intelectuales, en consecuencia, valorizaban el aspecto artesanal de su trabajo y, sin preocuparse demasiado por la

calidad formal, desdeñaban a los críticos convencionales. Consecuentes con estos parámetros, premiaron y publicaron en 1934 *Huaspungo*, la dura novela indigenista del ecuatoriano Jorge Icaza, militante del Partido Comunista.²⁹ Otros intelectuales como Alejandro Korn y Ricardo Rojas, precursores de los cambios en la cultura dominante de los años 20, en repudio al viraje antidemocrático de la política nacional, se incorporaron al Partido Socialista el primero, y al radicalismo el segundo.

Los nacionalistas restauradores, minoría activa y frustrada por el fracaso del uriburismo, aunque de hecho actuaron como auxiliares extremos del bloque conservador gobernante, comenzaron a criticar la dependencia con respecto a Inglaterra y a proponer el apoyo a la industrialización. Los hermanos Irazusta, ganaderos marginados por la alianza de grandes estancieros y frigoríficos foráneos, se lanzaron a desenmascarar los mecanismos del control inglés sobre las finanzas, ferrocarriles y comercio de carnes. Coincidieron con Lugones en abogar por una política de fomento industrial y, finalmente, acusaron de la crisis argentina a los monopolistas londinenses.³⁰

Estas preocupaciones de la coyuntura contribuyeron a la consolidación de una lectura heterodoxa del pasado argentino y sus relaciones con Inglaterra. Manuel Gálvez publicó en torno a 1940 las exitosas biografías noveladas sobre Hipólito Yrigoyen y Juan Manuel de Rosas; en la primera, manifiesta una peculiar vindicación del caudillo radical —lo considera un Mussolini criollo— y, en la otra obra, presenta a Rosas como el modelo de gobernante en el siglo XIX, autorizado y popular, firme defensor de la integridad nacional.³¹

La inquietud por rastrear el problema de la dependencia argentina llevó a José María Rosa, en 1943, a publicar *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, obra en la que levanta la gestión rosista y condena la de los gobiernos liberales posteriores. Su afirmación del carácter proteccionista de la política del caudillo porteño ha tenido larga aceptación, aunque la crítica histórica no la haya avalado científicamente.³² Tanto Gálvez como Rosa ejemplifican la evolución de un sector del nacionalismo hacia posiciones populistas y, de hecho, su prédica preparó al clima político-cultural para el surgimiento del peronismo.

En 1941 los intelectuales revisionistas comenzaron a superar su dispersión y crearon su "Anti-Academia", con la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas"; a cargo de la presidencia fue elegido el general Juan Ithurbide, lo que sugiere con claridad a qué institución interpelaba el discurso restaurador, y en la comisión directiva encontramos a Manuel Gálvez, Ernesto Palacio, Julio y Rodolfo Irazusta.³³

En un terreno erudito y académico más convencional, nuevamente en el crucial 1943, Rómulo D. Carbia da a conocer su *Historia de la Leyenda Negra Hispanoamericana*. Con esta obra se suma a la contraofensiva historiográfica hispanista, coincidiendo con José de la Riva Agüero en Lima y Carlos Pereyra en Madrid, para atacar a la interpretación liberal y proponer la apologética de España, la conquista militar y la evangelización católica.³⁴

La visión idealizada de la sociedad colonial como estamental, jerárquica y autoritaria, plena y armoniosa, seducía a estos intelectuales criollos como un modelo que, con los indispensables ajustes, podía servir para reorganizar nuestras sociedades y sus estados. La utopía criolla estaba anclada en los siglos coloniales para peruanos y mexicanos y, más modestamente, en la época de Rosas para los rioplatenses.

En la exhuberante imaginación de ciertos doctrinarios las hazañas de la *Hispanidad* no quedaban solamente confinadas a los siglos pasados. Algunos incitaban a la alianza entre el tradicionalismo católico y el fascismo europeo. En esta perspectiva, la revista *Sol y Luna*, en 1940, daba cabida a la propuesta del ideólogo franquista José María Pemán, de que era "misión de la Hispanidad convertir a los paganos del victorioso Tercer Reich al cristianismo. De esta manera se realizará en Europa la 'Nueva Edad Media'".³⁵

En la novelística de otro escritor popular del nacionalismo restaurador, Hugo Wast, seudónimo literario del santafesino Gustavo Martínez Zúbiría (1883-1962), aparece otro tópico importante para esta corriente, la llamada "cuestión judía". Martínez Zúbiría, hijo de una tradicional familia provinciana, católico e hispanófilo desde su juventud, había actuado hasta 1924 en el Partido Demócrata Progresista —como Carlos Ibarguren— y renunciado cuando esta organización, abandonando su primitiva estrategia de contención conservadora modernizante del radicalismo, acentuó su definición antieclesiástica y liberal.

Escritor prolífico desde su juventud, con una de sus novelas más logradas, *Desierto de Piedra*, de 1925, recibió el Premio Nacional de Literatura. Sus obras evocan al viejo país criollo, rural, ganadero; constituyen una especie de ilustración folletinesca de la visión del pasado compartida con sus amigos del nacionalismo restaurador. Sin embargo, entre 1935 y 1942 cambió de orientación temática y publicó tres novelas antisemitas —*El Kahal*, *Oro*, y *666*—, con gran éxito de la segunda, que alcanzó 21 ediciones en 1955.³⁶ Martínez Zúbiría fue incitado a esta línea de producción perversa por la creciente propaganda nazi y la de sus propios amigos, que por aquellos años apostaban al triunfo de las potencias del Eje.

Los nacionalistas restauradores recurrieron al expediente propagandístico de unificar a sus enemigos en la imagen del judío y atribuirle la autoría de la "conspiración mundial", que manejará tanto a Wall Street como a Moscú. Esta fantasiosa y poco original concepción, pudo tener una amplia receptividad por la crecida afluencia de judíos europeos a la Argentina en los años 20, su activa participación en la vida económica y política y sus simpatías por la naciente Unión Soviética.

La intolerancia dogmática de la ideología criolla profunda de Martínez Zubiría, lo hizo particularmente sensible al cambio de actitud dominante hacia los inmigrantes después de los agitados años de la posguerra; llegados en el último contingente antes del derrumbe de la Argentina próspera y liberal, los judíos constituían el blanco ideal para los prejuicios aristocratizantes y xenófobos.

Con otras variables profundas de la cultura del nacionalismo hispanista se relaciona el rescate del folklore y la arquitectura colonial. Estas manifestaciones simbólicas tuvieron especial relevancia en las provincias del Noroeste, controladas por los incas antes de la conquista e integradas durante la Colonia a la economía platera altoperuana. El tucumano Bruno Jacovella, multifacético escritor nacionalista, inició a fines de los años 30 una vasta tarea de narrador regionalista e investigador de las tradiciones folklóricas de esta región montañosa, empobrecida y mestiza.

Jacovella, además, cumplió una significativa tarea de crítico de algunos de los presupuestos básicos del nacionalismo restaurador desde una perspectiva provinciana disidente, que lo aproximaba al nacionalismo democrático y lo convertía en un notable antecedente intelectual del peronismo. Arremetió contra "las tendencias reaccionarias" y enfiló sus argumentos contra el hispanismo, la tesis monárquica, el argentinismo excluyente y el gauchismo literario. El elitismo político y el diletantismo estético de sus colegas porteños sufrió también sus dardos, mientras advertía sobre la falsedad de la creencia en las reservas morales del Interior, en oposición a la presunta corrupción de la ciudad de Buenos Aires.³⁷

Los arquitectos fueron esta vez los responsables de otra importante aportación a la cultura del nacionalismo hispanista. En pleno auge del racionalismo, en los años en que todavía era utilizado el neoclásico en las obras oficiales, se afirmó el estilo "neocolonial" como lenguaje arquitectónico de la vertiente político-cultural examinada.

Para mediados de los 30, el neocolonial era un estilo aceptado en casas de campo y edificios urbanos en el centro y noroeste del territorio argentino, aunque su variante "californiana" desplazaba al planteamiento más tradicional de la década anterior. Estas regiones habían sido menos modificadas

por la expansión capitalista y era natural que este *revival* tuviera en ellas mayor aceptación. En la decisiva región pampeana, sin embargo, sus realizaciones son mucho menos numerosas, aunque resulta sugerente que Ricardo Rojas haya elegido este estilo para la construcción de su casa en Buenos Aires.

Más sugerente aún es la comprobación de que el Estado nacional, a principios de los años 30, adoptaba este nostálgico lenguaje que empezó a aparecer en edificios oficiales. Por iniciativa del Col. Juan Pistarini, más tarde Ministro de Obras Públicas del primer gobierno peronista, esta línea neocolonial fue incorporada a las construcciones realizadas por las fuerzas armadas. Se construyó entonces, por ejemplo, la escuela militar de aviación en Córdoba con sus techos de tejas, muros blancos y galerías perimetrales.³⁸

La prédica contrarrevolucionaria, aunque no pudo encontrar al caudillo militar anhelado, ya mostraba una múltiple influencia ideológica en los medios castrenses. Esta propuesta arcaizante y autoritaria, se afianzó durante estos años y tuvo larga vigencia en el seno del Ejército y la Fuerza Aérea.³⁹

V. El pasado acecha al peronismo

Sólo hay originalidad verdadera cuando se está dentro de una tradición. Todo lo que no es tradición es plagio.

Eugenio D'Ors

Las Fuerzas Armadas, que desde 1930 habían quedado en segundo plano, constituyendo el aval último de los regímenes nacionales, dieron el paso decisivo que las instaló en el poder el 4 de junio de 1943, desplazando al Dr. Ramón S. Castillo, último presidente del bloque conservador. Comenzaba así, según Marcelo Sánchez, "La revolución del retorno y del destino", o en la prosa más cruda de otro escritor doctrinario, el sacerdote Julio Meinvielle: "La contrarrevolución", cuyo objetivo era "hacer entrar el hombre en la razón y el orden".⁴⁰

El resultado político final del curso iniciado en 1943, la experiencia peronista, nacionalista, industrialista y distributiva, al menos hasta 1950, con vasto y entusiasta apoyo de masas, no podía resultar enteramente satisfactoria a los nacionalistas aristocratizantes y a sus fantasías reaccionarias.

El caudillo que finalmente surgió del ejército era poco doctrinario, resueltamente pragmático, y para colmo, promotor de reformas que daban notable peso social a amplios sectores populares. Juan Domingo Perón utilizó sin prejuicios muchas ideas de estos intelectuales, pero sólo permitió que se ubicaran en posiciones secundarias.

No fue así, sin embargo, durante la primera etapa de la "Revolución de Junio", cuando numerosos nacionalistas ocuparon cargos importantes. Martínez Zubiría, por ejemplo, siendo Ministro de Educación, estableció la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas estatales; y otro conocido intelectual restaurador, Jordán Bruno Genta, como interventor de la Universidad Nacional del Litoral, proclamó la vigencia de la metafísica aristotélica, con el objetivo de lograr la "salvación de la juventud de las frívolas ideas modernas".⁴¹

El clima cultural arcaizante y el rechazo a las vanguardias, que permeaban los ámbitos plásticos porteños, tuvo otra manifestación muy expresiva en la exposición-homenaje que se organizó en 1944 a Cesáreo Bernaldo de Quirós. En la comisión organizadora del evento encontramos a reconocidos intelectuales y dirigentes de organizaciones sociales, desde las academias oficiales al Círculo Militar y el Jockey Club, con disímiles definiciones político-partidistas, presididos por Martín Noel, el iniciador del nacionalismo arquitectónico y reconocido militante radical. El mundo cultural dominante manifestaba así su simpatía por la iconografía romántica y pasatista, por ese mensaje de criollo señorío que transmitían las imágenes del pintor provinciano.⁴²

Desde la otra orilla de la cultura dominante, en un texto motivado por la liberación de París e indicador de las tensiones del momento, Jorge Luis Borges denunciaba implacablemente las contradicciones de los intelectuales oficialistas.

Esos versátiles, a fuerza de ejercer la incoherencia, han perdido toda noción de que ésta debe justificarse: veneran la raza germánica, pero abominan de la América 'sajón'; condenan los artículos de Versalles, pero aplaudieron los prodigios del BlitzKrieg; son antisemitas, pero profesan una religión de origen hebreo, bendicen la guerra submarina, pero reprueban con vigor las piraterías británicas; denuncian el imperialismo, pero vindican y promulgan la tesis del espacio vital; idolatran a San Martín, pero opinan que la independencia de América fue un error; aplican a los actos de Inglaterra el canon de Jesús, pero a los de Alemania el de Zarathustra.⁴³

Ante la represión cultural y política, la oposición liberal y de izquierda fue creciendo, apoyada por la evolución de la guerra favorable a los Ali-

dos, y en las Fuerzas Armadas se impuso la línea nacional-populista. El heredero natural de esta segunda etapa fue el coronel Perón, candidato de la heterogénea coalición oficialista, triunfante en las urnas en 1946.

Numerosos nacionalistas restauradores se incorporaron al naciente "Justicialismo": Ernesto Palacio fue diputado nacional y muchos otros desempeñaron cargos en la docencia, magistratura y periodismo. Este aporte intelectual fue decisivo para teñir a los años peronistas de un acentuado tradicionalismo en el terreno de la producción cultural.⁴⁴

Resulta sorprendente comprobar que durante la experiencia justicialista, que modificara tan profundamente tantos aspectos de la vida social y creara una sólida cultura política de masas, las ideas del nacionalismo hispanista tuvieran tan amplias expresiones y audiencias. Sin embargo, el peso de la línea histórico-cultural del viejo liberalismo es evidente en actos de gran trascendencia simbólica para el gobierno. Lo demuestran los nombres impuestos a las empresas de ferrocarriles nacionalizadas, entre otros, Mitre, Sarmiento y Roca, personajes consulares del liberalismo y, el último, nada menos que fundador del Estado oligárquico.

Había en la política oficial un propósito explícito de guardar equilibrio entre las dos grandes interpretaciones del pasado argentino.⁴⁵ Pero ésta era una política pragmática desde la cúspide del poder que no alcanzaba a impregnar las diversas manifestaciones culturales, muchas de ellas engendradas desde ámbitos oficiales u oficialistas.

Como premisa material de las políticas para atender los problemas de salud pública y promoción masiva de la educación, el primer gobierno peronista construyó una vasta red de obras a lo largo y ancho de la geografía argentina. Muchas de estas construcciones —escuelas, hospitales, colonias vacacionales— muestran los rasgos del estilo neocolonial, grato a los nacionalistas restauradores e impulsado por el General Juan Pistarini, entonces ministro de Obras Públicas.⁴⁶ Este masivo *revival* resulta doblemente sorprendente en este tipo de obras; primero, por el público popular a que estaban destinadas y, segundo, porque este estilo casi no tenía expresiones en la región central de Argentina, de muy pobre arquitectura colonial. Resultaba, empero, la más amplia propagandización de una concepción histórica que idealizaba la época colonial y el aporte hispánico.

Si bien hasta 1955 predomina el mencionado *revival* en las construcciones oficiales y el rechazo al racionalismo arquitectónico es muy acentuado por "apátrida, internacionalista y maquinista",⁴⁷ el Estado peronista mantuvo la línea de un "neoclásico imperial" para las grandes obras en Buenos Aires y, como una demostración más del enfrentamiento de encontradas tendencias ideológico-culturales en su seno, construyó, asimismo, numero-

sos edificios en todo el país según las pautas del “movimiento moderno”, en la versión de Le Corbusier.⁴⁸

En otro frente cultural durante los años peronistas, las publicaciones académicas y los periódicos oficialistas, encontramos relevantes pruebas del profundo desfase entre la rica experiencia de cambios sociales que se vivían y un universo cultural que no daba cuenta de ellos y se refugiaba en experiencias externas, o simplemente en el pasado. En la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, dirigida entre 1947 y 1954 por el sacerdote restaurador Hernán Benítez, un autor peronista posterior comprueba: no hay “nacionalismo”, no hay artículos científicos ni de análisis económico-social sobre el peronismo, pero sí colaboraciones sobre filosofía, teología, o literaturas extranjeras; concluyendo, el citado escritor comprueba que todos los colaboradores de la revista son católicos, y el 90% de ellos, extranjeros.⁴⁹ La política cultural del peronismo, al apoyarse prioritariamente en la cosmovisión del nacionalismo hispanista, tendía a excluir a los intelectuales que se identificaban con las variantes del liberalismo o de la izquierda, y resultaba poco receptiva a las iniciativas de la vanguardia.

La confrontación entre distintas tendencias culturales, que denunciaban los disímiles orígenes político-intelectuales de sus autores, y el peso determinante de la propuesta del mencionado nacionalismo, se comprueba también en *La Prensa* cegetista de los años 50. Este tradicional cotidiano, propiedad de la poderosa familia Gainza Paz, conjuntamente con *La Nación* de los Mitre, eran los voceros de la oposición desde una orientación liberal, elitista y cosmopolita. Expropiado en 1951 por el gobierno y entregado a la Confederación General del Trabajo Oficialista, en sus páginas culturales se fue armando un proyecto que intentó ser alternativo y expresión de los nuevos tiempos.

En una primera etapa de este intento se observa cierta mezcla y oposición de intereses y perspectivas. En cuentos, ensayos y poemas aparece una temática romántica referida a las tradiciones folklóricas y al ámbito rural provinciano, en particular del Noroeste criollo, de fuerte impronta colonial. Acompañan a estas colaboraciones notas sobre santos medievales españoles, como por ejemplo, San Isidro patrono de Madrid, y una peculiar revaloración de las grandes culturas indígenas prehispánicas.

En estos primeros años es igualmente de notar una apertura latinoamericanista, inclinada dualmente a la vena romántica o al interés por escritores vanguardistas, como el chileno Pablo Neruda o el brasileño Graciliano Ramos. Esta segunda vertiente incursiona audazmente en el análisis social de la literatura argentina. Elías Castelnuovo (1893-1982), veterano escritor procedente del Grupo Boedo, publicó un vigoroso ensa-

yo, *El sentido social en la novela del campo argentino, La tierra vista por los propietarios de la tierra*. En este trabajo denuncia los estereotipos sociales en las obras de Eduardo Gutiérrez, Enrique Larreta y Benito Lynch; desde una perspectiva cuestionadora asume el punto de vista de los peones y demuestra la orientación mistificadora de los mencionados novelistas, en cuyos libros jamás aparece la propiedad latifundista.⁵⁰

Estas audacias no estaban destinadas a perdurar y serían desplazadas por otra línea ideológica acorde con los intereses profundos del nacionalismo contrarrevolucionario. Una colaboradora desconocida, J. Viñuela de Latour, se encargó de refutar a Castelnuovo. La novela de Ricardo Güiraldes "es un libro simbólico de una estirpe que mantiene sagradamente su tradición". Los tópicos más socorridos del idealismo reaccionario son utilizados: intemporalidad, negación del cambio histórico y las clases sociales, idealización del pasado y rechazo al presente. En esta visión, impregnada de nostalgia postiza, se afirma que "los nombres magníficos" de la llenura argentina, seguidores de una tradición secular, "no piden, sino permanecer fieles a sí mismos, aunque padezcan hambre y sed". Esta autenticidad y estoicismo, según la comentarista, se oponía a "nuestros días de feo materialismo y egoísmo sin límites".⁵¹

A medida que nos acercamos al final de la primera etapa peronista y se desencadena el enfrentamiento oficial con la Iglesia Católica, que inclinó a los intelectuales restauradores a una oposición golpista, de manera en apariencia contradictoria, los rasgos profundos de su cosmovisión impregnan cada vez más al diario cegetista. Aumentó el número de colaboraciones desde la España franquista; e Ignacio B. Anzoátegui, conocido restaurador y magistrado federal, dio el tono con poemas sobre personajes de la literatura española, como la reina Ginebra y el caballero andante Amadís de Gaula, modelo de Don Quijote.⁵² Preocupaciones menos fantasiosas se encuentran en notas de orientación revisionista sobre episodios históricos del siglo XIX rioplatense, que permiten exaltar el patriotismo rosista, la valentía ante la muerte, el honor criollo.

Revisionismo histórico, hispanismo feudalizante, regionalismo nostálgico e intemporal, definen algunas de las inclinaciones profundas de estos escritores y, con la intención de perfilar más acusadamente su universo simbólico, haremos también referencia a sus negaciones abiertas o implícitas. En el suplemento cultural de *La Prensa* encontramos escasas colaboraciones que se ocupen de problemas urbanos o del capitalismo industrial, menos aún de la eficiente producción agropecuaria pampeana. No aparecen, en consecuencia, sus fundamentales protagonistas sociales: obreros, empleados, pequeños empresarios de la ciudad o del campo, beneficiados por las

políticas justicialistas y partidarios del gobierno. Tampoco hallamos referencias a las masivas organizaciones sindicales o a las formas de participación política de los trabajadores; sólo notas de estilo formal burocrático, para expresar adhesión en las grandes fechas del movimiento. Todas estas facetas de la realidad nacional del momento no resultaban relevantes para los intelectuales del cotidiano de la central obrera. Había en ellos una sistemática negación de la Argentina en que vivían, urbana e industrial, crecientemente fragmentada y conflictiva, popular y peronista.

El agotamiento de la estrategia económica de sustitución de importaciones en torno a 1950, empujó al gobierno a un curso conservador de conciliación con los terratenientes y los Estados Unidos. Esta nueva política provocó, a su vez, una agudización de las diferencias sociales y políticas, y simultáneamente propició una profundización en la incidencia del universo simbólico contrarrevolucionario en las más diversas expresiones de la cultura oficial.

La recurrencia melancólica al pasado, la insistencia en evocar sociedades apegadas a las lentas regularidades de los ciclos naturales, las certidumbres providenciales de la religión y las seguridades del poder despótico, eran mensajes tradicionalistas y balsámicos que se vertían profusamente en la coyuntura con evidentes finalidades apaciguadoras. El gobierno peronista se atrincheraba en el terreno simbólico adhiriendo cada vez más en profundidad a la propuesta hispanista y restauradora, aún al precio de un arcaísmo tan evidente como empobrecedor.

En un documento fundamental del régimen, como el II Plan Quinquenal, se ponía en boca del propio presidente Perón la multicitada concepción: "El sentido misional de la cultura hispánica, que catequistas y guerreros introdujeron en la geografía espiritual del Nuevo Mundo, es valor incorporado y absorbido por nuestra cultura, lo que ha suscitado una comunidad de ideas e ideales, valores y creencias, a la que debemos preservar de cuantos elementos exóticos pretenden mancillarla".⁵³ Esta clara definición hispanófila y tradicionalista, alentó iniciativas como la de las autoridades de la provincia de Santa Fe, de montar una publicitada exposición-homenaje a Cesáreo Bernaldo de Quirós en 1955 y 1954, "en el quincuagésimo aniversario de su primer triunfo europeo para el arte argentino".⁵⁴ Según Horacio Caillet-Bois, presidente de la Academia Provincial de Cultura, Quirós era "el más original de los artistas argentinos vivos"⁵⁵ y en 1951 había obtenido un segundo reconocimiento europeo: el Gran Premio en la I Biental Hispanoamericana, organizada sugestivamente en Madrid.

La orientación de cerrado arcaísmo se precisa con una jugosa cita del escritor franquista Eugenio D'Ors: "Lo que no es tradición, es plagio"⁵⁶ y

con el rechazo del citado académico santafesino tanto a las vanguardias plásticas, como al "nativismo", desechado por pintoresquista y sentimental. El arte de las vanguardias —afirma Caillet-Bois— "ha traído el caos. El pueblo está divorciado de este arte, porque no es suyo, no lo interpreta y no lo comprende".⁵⁷ Al contrario, Quirós convocaba multitudes con sus imágenes de gauchos pialadores, pulperías con mostrador enrejado, vendedoras de pasteles y "el patrón estanciero con su arrogancia y empaque heredados de sus abuelos que vinieron de España, quizás en los tiempos heroicos de la conquista".⁵⁸ La obra de Cesáreo Bernaldo de Quirós, por su presunta fuerza de convocatoria a todos los grupos sociales,⁵⁹ era ofrecida como un sedante simbólico para las inquietudes de la época y una invitación a sumergirse en el buen tiempo viejo de la utopía criolla.

La intelectualidad restauradora, hacia el final del segundo gobierno peronista, desplegó una estrategia dual que muestra una vez más las constantes profundas de su mentalidad. Mientras en el territorio cultural contribuía a anestesiar al movimiento justicialista con sus míticas invocaciones al pasado, en el político práctico conspiraba una vez más con una fracción militar para lanzar el asalto armado al poder, el golpe de estado reaccionario.

VI. Muerte y transfiguración

No nos escandalizaremos frente a la destitución de instituciones que nunca hemos considerado definitivamente incorporadas al patrimonio nacional.

Santiago de Estrada, 1962

En septiembre de 1955, como en 1930 y 1943, los nacionalistas contrarrevolucionarios integraron el primer equipo de gobierno surgido del golpe de estado militar. El general Eduardo Lonardi pretendió montar una especie de peronismo sin Perón en el plano interno,⁶⁰ pero en el exterior la altiva política autónoma del gobierno justicialista fue abandonada con presteza.⁶¹ Mario Amadeo, ministro de Relaciones Exteriores del efímero lonardismo, redefine en 1956 el credo de su tendencia. El nacionalismo restaurador había aceptado el realineamiento de fuerzas inducido por la Guerra Fría y declaraba no ser antinorteamericano ni antimperialista; reafirmaba, en cambio, su convicción hispanófila y católica; la decidida inclinación por los gobiernos fuertes y, en el terreno social, por concepciones estadísticas y corporativistas.⁶¹ La lucha política y social en América Latina, según dicho

teórico, invocando un maniqueísmo anterior a 1943, se saldará por la unificación en torno a los valores expresados por España o "en la barbarie marxista", bajo el pendón de la hoz y el martillo.⁶³

El sector mayoritario de las fuerzas armadas y los partidos antiperonistas, disconformes con la estrategia interna de Lonardi, lo reemplazaron a los pocos meses por otro general golpista, Pedro E. Aramburu, catapultado al poder por la oficialidad liberal de asalto, conocida desde entonces como los "gorilas". El nuevo gabinete, amparado en la denominada línea liberal fundadora de Mayo y Caseros, lanzado a purgar de funcionarios de la "segunda tiranía" las instituciones culturales, designó a Jorge Luis Borges director de la Biblioteca Nacional y al socialista José Luis Romero, interventor de la Universidad Nacional de Buenos Aires. En esta decisiva casa de estudios se inició una apertura universalista, que redundó en una fértil modernización intelectual, siguiendo las escuelas francesas y norteamericanas en economía, psicología, historia.

La "liberación" en la política económica no obtuvo resultados tan positivos y, exagerando las falencias del régimen depuesto, se inició la sistemática demolición del proyecto nacionalista e industrialista. La incorporación a los organismos financieros internacionales y la promoción de las inversiones extranjeras, respondía a los deseos de la potencia hegemónica, Estados Unidos, ahora aceptada como guía y modelo a alcanzar.⁶⁴

A partir de la presidencia civil de Arturo Frondizi, llegado al poder en 1958 con los votos peronistas y derrocado en 1962 para bloquear los triunfos electorales del justicialismo, la ideología del "desarrollismo" neocolonial fue imponiendo cambios contundentes en las concepciones civiles y militares dominantes. A la caída de Perón, las Fuerzas Armadas decidieron alinearse en la Guerra Fría y el enfrentamiento mundial de bloques antagónicos, con lo que la sustitución de la doctrina de la defensa nacional por la de la guerra contrainsurgente para consolidar el statu-quo neocolonial, fue paulatinamente aceptada desde fines de los años 50.⁶⁵ Una combinación de motivaciones locales e internacionales incitaron a esta modificación estratégica, siguiendo la nueva política militar de la administración Kennedy, aceptada en Argentina, tanto por liberales, como por nacionalistas.

A partir de 1960, el temor al "castro-comunismo" y la necesidad de domesticar a los sindicatos peronistas, indujeron a representantes intelectuales restauradores a rastrear en la historia argentina los antecedentes de la necesaria reconciliación política e integración social, indispensable para la eficaz penetración neocolonizadora del capitalismo internacional. El riesgo de guerra social y la posible radicalización de las masas peronistas, decidió a Julio Irazustra a declarar cerrado el ciclo historiográfico del revisionismo,

y a ensayar una interpretación menos antagonista entre las políticas de Juan Manuel de Rosas y del liberal Bartolomé Mitra, con respecto al capital británico en el siglo XIX.⁶⁶ Los arrestos polémicos del revisionismo restaurador contra la estructura dependiente de Argentina, que comenzaron recusando con vigor, ambos hermanos Irazusta en 1930, se iban desdibujando en la inédita y conflictiva realidad posperonista.

La facción liberal dura, propiciadora de una "democracia" de minorías, dominaba en las Fuerzas Armadas y había identificado al derrocado justicialismo como la "segunda tiranía", antagonista de la línea Mayo-Caseiros, que la oficialidad gorila sentía representar. Ante estas nuevas disyuntivas, era explicable la incomodidad de los nacionalistas revisionistas creadores del mito de la "primera tiranía", la de Juan Manuel de Rosas. Más aún, cuando el peronismo resistente y proscrito, por oposición a la orientación liberal y al juego minoritario de los partidos, se identificaba crecientemente con una interpretación impugnadora que resumía en el lema "San Martín, Rosas, Perón".

Los intelectuales nacionalistas en su mayoría no estaban dispuestos a aceptar esta inesperada y plebeya utilización de sus planteos historiográficos y, menos todavía, la marejada cuestionadora de las masas peronistas movilizadas. Esta inquietante transformación de su mayor aporte intelectual coincide con la desaparición física de Cesáreo Bernaldo de Quirós en 1958 y en 1962 con los fallecimientos de Hugo Wast y Manuel Gálvez. Estos creadores habían gozado del favor oficial hasta 1955, pero mucho antes fueron superados por la variada producción de otras tendencias ideológico-culturales.

Quirós era un sobreviviente de los nacionalismos emergentes de la década de 1920-30, que había cristalizado como el pintor representativo de la tendencia restauradora y, nada casualmente, fue el encargado por el gobierno peronista de decorar el vestíbulo monumental del Ministerio de Ejército en Buenos Aires.⁶⁷ Quirós atravesó así, encerrado en su mundo rural y su técnica arcaica, treinta años de plástica argentina sin dejar mayor huella.

Otros pintores como Emilio Pettoruti y Antonio Berni, con formación europea vanguardista e identificadora al principio de sus carreras con las tendencias antagonistas de Florida y Boedo serían, al contrario, animadores de las dos grandes líneas creativas e ideológicas de la pintura argentina contemporánea. El arte de Pettoruti, por ejemplo, es un antecedente imprescindible para comprender el surgimiento de los planteos abstracto, concreto y geométrico,⁶⁸ y la sincronización temporal de los plásticos porteños con las vanguardias occidentales, a partir de mediados de los años 40. La

internacionalización de la cultura argentina tiene en este ámbito una de sus expresiones más audaces y creativas.

Antonio Berni fue el artista que más lejos llevó la consigna del arte social del Grupo Boedo, conciliando su actitud militante con un resuelto vanguardismo. Formado en París, influido por el surrealismo y las ideas de izquierda, se inclinó por una pintura de crítica social teñida de un dejo expresionista.⁶⁹ Desarrolló los objetivos de su "Nuevo Realismo", enunciado en 1933, lejano de cualquier academicismo, hasta culminar su carrera en 1958 con la creación de dos personajes que se harían famosos: Ramona Montiel, una simple prostituta y Juanito Laguna, un niño que malvive en una villa miseria, cuya iconografía conjuga la denuncia de la vida marginal y la inocencia y poesía de la niñez.⁷⁰ Berni recogía para estos cuadros los materiales de desecho más diversos y los utilizaba para increpar alegóricamente a las potencias envilecedoras de la opresión y la impostura.⁷¹ En 1970, el talento y humanidad del artista produjeron el milagro: Juanito y Ramona escapaban de sus cuadros y aparecen en canciones, televisión, pintados en camiones: se habían convertido en un fenómeno de cultura popular.

En 1958, hay que subrayarlo, bajaban a la tumba Cesáreo Bernaldo de Quirós y sus gauchos federales: nacía, a su vez, Juanito Laguna de la mano de Antonio Berni. Una imagen de la Argentina criolla se perdía entre las sombras; otra, miserable y golpeada, pugnaba por echarse a andar. Igualmente, en el terreno literario, los escritores intentaron diversos caminos técnicos y de aproximación a la realidad. La polémica germinal entre Florida y Boedo marcó rumbos y problemas que se pueden rastrear en las décadas posteriores.

Los más leídos novelistas del nacionalismo restaurador, Hugo Wast y Manuel Gálvez, prolongaron su vigencia por las simpatías oficialistas y, además, por el atractivo perverso de la veta antisemita del primero y las biografías noveladas del segundo; la última de estas obras es de 1952 y Gálvez la tituló, sugestivamente, *Sarmiento, un hombre de autoridad*. El éxito de estas biografías y de *Oro*, una de las novelas antisemitas de Wast, que supera las veinte ediciones a mediados de los años 50, sugiere que esta literatura constituía el más eficiente medio de penetración en un amplísimo mercado de lectores, en el intento de crear un ambiguo consenso cultural nacionalista.

El acercamiento realista a la sociedad argentina, sus problemas y personajes, tuvo dos líneas de continuidad: los seguidores de Florida y la revista *Sur*, y otra línea de escritores que tienen entre sus antecedentes las posturas de Boedo. De los primeros, universalistas y liberales, destaca Eduardo Mallea

(1903-1982), según Enrique Anderson Imbert, crítico afin a esta corriente, el más importante novelista argentino hasta los años 50.⁷² Los aspectos sociales que atrajeron la atención de este escritor fueron de índole muy peculiar, propios de una literatura elitista: la decadencia de las viejas familias terratenientes, la desintegración de su aristocrático estilo de vida. En *Las Aguilas*, de 1943, por ejemplo, el personaje es un estanciero débil y arruinado, cuya imagen contrasta con la de las generaciones que le antecedieron en la construcción del país expansivo y orgulloso. Es natural entonces, que la armónica prosa de Mallea, destile pesimismo, preocupación, tristeza.⁷³

Una inquietud similar por la muerte de la vieja Argentina, perpetrada para la sensibilidad de estos intelectuales por la irrupción de las masas peronistas, guía a Ernesto Sábato en su consagrada novela *Sobre héroes y tumbas*, de 1961. La caída de lo que ellos sienten como lo más auténtico del país, sus familias otrora ricas y poderosas, concluye en la compleja obra de Sábato en el parricidio y la final destrucción: la heroína asesina a su padre y se suicida; el fuego devora los cadáveres y la vieja residencia familiar...⁷⁴ Lo que Mallea narraba acongojadamente a principios de los años 40, era para Sábato, una tragedia consumada en la Argentina posperonista. La realidad nacional de los 60 inquietaba por igual a intelectuales tan disímiles como Julio Irazusta y Ernesto Sábato: temían confusamente por el mañana; el rostro del futuro se les escapaba.

A la incertidumbre de estos escritores, a su inclinación por el pasado o por la decadencia melancólica, se opone la indagación realista, amplia de visión y comprometida con la actualidad, de novelistas como Arturo Cerretani (1907-) y Bernardo Verbitsky (1907-1978). Entre sus numerosas novelas, cuya sensibilidad por lo social y popular los entronca con la prédica de Boedo, destaca por su agudeza psicológica, percepción de los detalles y naturalidad del lenguaje, *El deschave*, 1965, de Cerretani, cuya acción transcurre en un viejo barrio porteño.

Verbitsky, a su vez, describe las costumbres de la gran ciudad y se inclina por personajes juveniles; "en las muchas novelas que van de *Es difícil empezar a vivir* (1941) a *Cuatro historias de Buenos Aires* (1970), ha rescatado para el arte una humanidad argentina, real, que se les había escapado a sus coetáneos. Sus personajes, generalmente hostilizados por la ciudad, constituyen 'una pequeña familia' —título de una de sus mejores novelas, de 1951—; pero es que toda la Argentina es para Verbitsky una pequeña familia dentro del mundo.⁷⁵

Lejos aún de las peculiares preocupaciones realistas de Mallea y Sábato, en la antípoda cultural y política de los nacionalismos, se alza la obra única,

brillante y enigmática de Jorge Luis Borges. En la producción de este narrador, el de mayor reconocimiento internacional entre los argentinos contemporáneos; se continúa la prédica vanguardista, ecléctica y cosmopolita del grupo Martín Fierro. Borges, director de la Biblioteca Nacional y fervoroso antiperonista, en 1957 reafirmaba la concepción universalista en un ensayo titulado *El escritor argentino y la tradición*.⁷⁶

“Creo que nuestra tradición —asienta categórico— es toda la cultura occidental”. Afirmación que le permitía rechazar de manera implícita el sesgo hispanista y católico de los nacionalistas restauradores, y con ingenio provocativo delinear su pensamiento: “El latinoamericano... no tiene necesidad de pensar que está imitando a Europa, ya que es heredero de la tradición europea”.⁷⁷ Los latinoamericanos compartiríamos así con los judíos la situación de estar dentro y, al mismo tiempo, ser extranjeros con respecto a dicha tradición, lo que nos facilitaría inventar y revolucionar sin supersticiones, con una positiva irreverencia. La conclusión es obvia: termina por convertir en virtud, tanto la actitud ecléctica como el cosmopolitismo.

En estas formulaciones, compartidas por los adherentes de la revista *Sur* y verdadero manifiesto cultural de la línea Mayo-Caseros, se expresaban algunas certidumbres profundas de la aristocracia porteña: vocación europeísta y, al mismo tiempo, escéptica y soberbia afirmación de igualdad, cuando no de superioridad... Esta autopercepción fantasiosa tiene, sin embargo, en la obra de Borges, una llamarada última que ilumina mundos y literaturas lejanos y laberínticos. Empero, la mirada iluminada del escritor ciego no alcanzó a perforar sus propias murallas ideológicas y a registrar los inéditos derroteros hacia los que se encaminaba Argentina. La creatividad de los años 60 depararía sorpresas inesperadas a la intelectualidad sobreviviente de las grandes tendencias de la cultura dominante.

La confrontación de estas tendencias se acentuó temporalmente después de 1955 y significó la decadencia de ciertos lenguajes arquitectónicos, la transformación o el crecimiento de otros, dentro de una tónica general de modernización neocolonial que imponían la política e ideología del desarrollismo. El estilo del nacionalismo restaurador, adoptado para sus obras por la poderosa Fundación Eva Perón y definido como “colonial español... ya hecho criollo por adopción”,⁷⁸ según precisaba la documentación oficial, se vio rápida mente desplazado de los cánones oficiales a consecuencia de la derrota peronista. Los arquitectos seguidores del racionalismo, en general liberales de derecha en política y apoyados por la revista *Sur*, desplazaron además al agonizante “neoclásico imperial”, lenguaje tomado del fascismo europeo a fines de los años 30, que servía al Esta-

do nacional para expresar sus pretensiones de liderazgo en América Latina.⁷⁹ Casi coincidiendo con los años de la presidencia civil de Arturo Frondizi, entre 1957 y 1962, la confrontación entre los viejos y nuevos estilos se generalizó y, como consecuencia inevitable, se incrementó la heterogeneidad en el paisaje arquitectónico de las grandes ciudades argentinas.

Las políticas de apertura del desarrollismo favorecieron en la década de los 60 la adopción de las variantes de la llamada "arquitectura internacional". Para la nueva generación estaba superada la polémica anterior a la Segunda Guerra Mundial y los esquemas del nacionalismo debían transformarse. Con esa intención de encontrar soluciones a las nuevas circunstancias y avanzar con libertad en propuestas inéditas, se construyó el Banco de Londres y América del Sur en el Centro Financiero de Buenos Aires. Esta obra, emblemática de la originalidad y audacia de la arquitectura internacional, es notable en varios sentidos. El banco inglés más antiguo afincado en Argentina, verdadera columna del viejo orden agropecuario volcado a Europa, quería demostrar la decisión de incorporarse a los nuevos tiempos y no dejar el campo enteramente en manos de las iniciativas norteamericanas.

Según palabras de uno de sus arquitectos y reconocido historiador de la línea racionalista-liberal, Francisco Bullrich, "la imagen creada no se apoya en la 'gravitas' seudorromana, sino en un ambiente de fascinante tecnología. Trátase de una atmósfera climatizada de eficacia cervomecánica que vincula el sentimiento de seguridad al de desarrollo tecnológico".⁸⁰ Este "nuevo punto de partida de la arquitectura argentina"⁸¹ no era compartido en sus premisas por otros profesionales poco sensibles al culto de la eficacia y la tecnología.

Los planteos modernos, que tuvieron una limitada aceptación durante el peronismo, parecen haber influido en la llamada corriente "autenticista", que en 1956-57 construyó la Iglesia de Nuestra Señora de Fátima. Esta obra de gran riqueza espacial y acertada volumetría, opuesta al estilo internacional, utilizó un lenguaje basado en la sencillez y la tradición.⁸² Nuevamente encontramos la actitud nacionalista de rastrear los orígenes en el pasado argentino, pero por caminos más sutiles que los de la simple copia y con visible influencia del último Le Cortusier.⁸³ Afirmaba al respecto un comentarista lejano a estas inquietudes, el mencionado Bullrich, que la búsqueda de inspiración en nuestra arquitectura vernácula se ha combinado con un "neocristianismo primitivo": Claudio Caveri y Eduardo Ellis ensayan por un camino de humildad el reencuentro con el "ser nacional", mediante una experiencia agónica en construcciones religiosas.⁸⁴

Las constelaciones ideológicas que se desprenden de los lenguajes en que fueron construidos el banco y las citadas iglesias, nos remiten, en otro contexto histórico, al reiterado enfrentamiento polémico entre universalismo y nacionalismo. Esta variante modernizada del planteo nacionalista muestra notorios cambios: no se trata de un nuevo neo e intenta ser creación auténtica, que no rechaza las enseñanzas de los maestros internacionales. El autenticismo en el plano ideológico prolonga una tesis restauradora básica: la estrecha relación entre religión y "ser nacional". Pero ya no se trata de un catolicismo integrista ni de la aristocrática evocación del pasado, sino de un cristianismo renovado y de una actitud de acercamiento al pueblo de hoy. La sensibilidad de Caveri y Ellis ha captado y expresa el viraje populista en el terreno arquitectónico.

La decadencia de la propuesta cultural del nacionalismo restaurador era muy obvia para los años 60 en territorios como el plástico y el literario pero, en arquitectura, la evolución hacia una sensibilidad populista anunciaba una transformación cultural que impregnaría a toda la sociedad argentina y prepararía en términos ideológicos los enfrentamientos dramáticos de la década del 70. En el terreno político los nacionalistas habían virado hacia un desarrollismo autoritario e integracionista, convencidos como siempre de lo negativo de las luchas sociales y de la ineficacia del poder democrático; y, a pesar de la creciente norteamericanización de Argentina, mantenían su decisión de defender "la esencia de la nacionalidad, es decir su tradición católica e hispánica a la vez".⁸⁵

Preocupados por la inestabilidad institucional y los enfrentamientos entre facciones militares que siguieron al derrocamiento de Arturo Frondizi, fundaron en 1962 un exclusivo club político, el Ateneo de la República, destinado a tener particular incidencia en la vida pública de la década. Estos veteranos nacionalistas de la década del 40, nucleados principalmente en torno a Mario Amadeo, abogados y profesores universitarios en su mayoría ligados a la Iglesia Católica, funcionarios de todos los gobiernos posteriores a 1930, jamás habían obtenido un cargo por votación popular.⁸⁶ Su reiterado estilo de acceder al poder, conocida su orgullosa alergia a las urnas, está insinuado en la reunión inaugural del Ateneo por Santiago de Estrada: "No nos escandalizaremos frente a la destitución de instituciones que nunca hemos considerado definitivamente incorporadas al patrimonio nacional".⁸⁷

El llamado al golpe de estado no tuvo inmediata repercusión; el problema clave de integrar al peronismo mayoritario ocupó a varios de los cuadros ateneístas en conformar un Frente Nacional y Popular, vetado al final por los militares. Ante el inesperado y precario triunfo electoral de la

Unión Cívica Radical del Pueblo en 1963, "la mayor parte de los ateneístas se volvieron hacia las fuerzas armadas como única esperanza de poner en práctica sus ideas políticas".⁸⁸ En el contexto del país de aquellos años, el gobierno radical, con su respeto por las formas democrático-liberales, moderado nacionalismo económico y tenue sensibilidad social, resultaba poco funcional al crecimiento industrial subordinado, y esta falta de adecuación le concitó la hostilidad de las grandes empresas.⁸⁹

La campaña de acción psicológica para crear un consenso golpista en la sociedad y los militares utilizó los medios de difusión más recientes y eficaces. Una amplia gama de intelectuales y periodistas, que incluía y rebasaba a los nacionalistas-desarrollistas, en la que irónicamente descollaba el talento de editor de Jacobo Timermann, judío y sionista, se encargó de propagar, como el último grito de la modernización política a la organización corporativista. "La supresión del Parlamento y de los partidos, y su reemplazo por un Consejo Económico y Social permitirán reactualizar la democracia orgánica del franquismo desenterrando el Gran Consejo de la Italia fascista".⁹⁰

Añejas ideas del nacionalismo restaurador fueron lanzadas masivamente a la circulación: todos los problemas argentinos eran causados por los partidos y el régimen pluralista constitucional. El connubio ideológico nacionalista-desarrollista llegó a su exaltación al identificar al progreso industrial con un neofascismo tecnocrático.⁹¹

Los veteranos nacionalistas tampoco descuidaban el frente sindical. Habían asimilado la experiencia justicialista, y en la escuela de cuadros de la Confederación General del Trabajo peronista se encargaban de la formación de sindicalistas con mentalidad "nacional", opuestos por igual a la "partidocracia liberal" y a las reivindicaciones clasistas.⁹²

Ganado el apoyo activo de la burocracia sindical y de las fuerzas armadas, construido un consenso golpista que abarcaba a casi toda la sociedad, el brazo armado del estado desplazó al presidente Arturo Illía. Se iniciaba así la autoproclamada "Revolución Argentina", o con la denominación más sociológica de Alain Rouquié, "el gobierno del complejo militar-industrial y de la contrarrevolución modernizadora".⁹³ La modernización se entendía básicamente como un proceso de crecimiento industrial dependiente y controlado con firmeza, según el cercano ejemplo de Brasil desde 1964. Los costos iban a recaer sobre los asalariados y los terratenientes, y para neutralizar las resistencias se debilitarían los sindicatos y modificaría la estructura liberal-democrática del estado argentino.

Nuevamente los nacionalistas participaron en cargos políticos claves en la administración y vieron en el General Juan Carlos Onganía, otrora líder

del sector legalista del ejército, a un auténtico Francisco Franco argentino.⁹⁴ El peronismo sindical y político, las cámaras empresariales y la Iglesia Católica manifestaron su apoyo al régimen, con intenciones de influir sobre sus políticas.

En el plano cultural, la orientación oficial pronto demostró tendencias oscurantistas y represivas. Intervino la Universidad Nacional de Buenos Aires y su editorial Eudeba, cercenando una profunda actualización intelectual y una inédita empresa de volcar el saber universitario a la sociedad.⁹⁵ Se sofocaba así la experiencia más fructífera de la universidad argentina del siglo veinte.

En la vida social, al contrario, florecían de manera simultánea un auge de disímiles creaciones simbólicas, con manifestaciones como la literatura de Julio Cortázar y los experimentos plásticos del Instituto Di Tella; y, además, un proceso de capital significación: una creciente cultura populista y nacionalista, que iba impregnando la mentalidad de amplios sectores medios y populares.

A este amplio viraje cultural y político contribuyó el surgimiento de una izquierda cristiana anticapitalista, lanzada a "la búsqueda de un tipo de socialismo latinoamericano que apresure la llegada del Hombre Nuevo". El sector de la Iglesia católica que adhería a la nueva orientación transformadora organizó el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y "declara en 1970 al peronismo como la vía inexorable hacia el socialismo".⁹⁶

El rechazo a las políticas proscriptivas y a las concepciones histórico-culturales de los gobiernos posperonistas, fue creando un ambiente social propicio para una reelaboración de los grandes postulados de la historiografía revisionista, creada por los escritores del nacionalismo restaurador y de aristas cada vez menos impugnadoras después de 1955. Intelectuales procedentes de diversos horizontes político-culturales confluyeron en la tarea de defender la experiencia peronista y de rastrear los antecedentes legitimadores de sus políticas, proyectando hacia el pasado el enfrentamiento entre la "línea nacional" y la del "liberalismo oligárquico", o en su versión más radical los embates entre la revolución y la contrarrevolución en la historia argentina. Estos escritores fueron José María Rosa, Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche, provenientes del nacionalismo restaurador el primero y del nacionalismo democrático los otros, identificados con el peronismo desde 1945; Juan José Hernández Arregui, que intentó conciliar peronismo y marxismo; y particularmente, Rodolfo Puiggrós, antes historiador del Partido Comunista stalinista, y Jorge Abelardo Ramos de orígenes trotskistas.

La producción erudita y ensayística de estos escritores políticos destacó las contradicciones que intentaban diluir los nacionalistas reestauradores, que se habían plegado al desarrollismo pronorteamericano. Este neorrevisionismo populista proclamaba su triunfo sobre la versión académica "liberal" del pasado argentino, cada vez menos significativa⁹⁷ aun en su versión más sólida en términos intelectuales —la llamada "Nueva Escuela Histórica"— que, sensible a la evolución de la época, se inclinaba a una temática revisionista.⁹⁸

La ágil capacidad polémica y su amplia estrategia de difusión, facilitaban la penetración masiva del nuevo revisionismo, que iba arrinconando a la anterior historiografía hispanista, a cuyos autores no se les ahorran críticas por sus ideas reaccionarias, aunque tampoco se negaban reconocimientos. Manuel Gálvez, por ejemplo, es exaltado por Jorge Abelardo Ramos como el mayor novelista argentino, una apreciación aceptada en 1920, pero evidentemente anacrónica en los 60;⁹⁹ a su vez, los seguidores de la orientación cosmopolita rara vez mencionaban a Gálvez en toda la colección de la revista *Sur*.¹⁰⁰

Tampoco existía por su lado para los historiadores del neorrevisionismo la renovación de los estudios históricos que en la Universidad de Buenos Aires encabezaba José Luis Romero, combinando investigación y docencia, en el intento de trazar desde Argentina una panorámica total de la historia occidental; proyecto tan ambicioso como precursor en el ámbito cultural rioplatense.¹⁰¹ La "historia social" que propiciaba Romero en el medio universitario y la influencia del marxismo en los escritores del neorrevisionismo, provocaron numerosas denuncias de "infiltración", particularmente adecuadas para preparar el clima del golpe de estado y el asalto armado a la universidad.

Resulta sintomática de las orientaciones ideológicas del momento la re-priminación contra José María Rosa en 1965 por "desviacionismo marxista", a cargo de un acólito del revisionismo más tradicional.¹⁰² Este tipo de imputaciones apuntaba más hacia la democrática diversidad cultural de la época que contra el marxismo de ensayistas como Jorge Abelardo Ramos o Rodolfo Puiggrós, que lo utilizaban para lapidar a los viejos partidos de izquierda y convencer a un público creciente de la inevitabilidad de un neopopulismo más radical. Esta prédica iba ganando nuevos auditorios en los sectores medios y profesionales, a medida que avanzaba la estrategia de modernización tradicionalista acaudillada por el General Onganía.

Los ideólogos de la dictadura, entre los que se contaban numerosos nacionalistas-desarrollistas, respondían acentuando una interpretación integracionista y conciliadora del pasado argentino. Juan Carlos Onganía

fue el primer presidente que se atrevió a mencionar a Rosas sin censura inmediata y, de manera igualmente afectuosa, al general antiterrorista Juan Lavalle.¹⁰³

Si la "Revolución Argentina" estaba destinada a construir una potencia industrial y posteriormente transformar el sistema político en sentido corporativo, era claro que las viejas rivalidades habían agotado sus razones de confrontación. Nacionalismo y liberalismo ya no se enfrentaban; en la política del general Onganía asumían su unidad, su necesaria y final complementariedad.¹⁰⁴

Los funcionarios ateneístas podían sentir que en el terreno cultural su vigilancia había conjurado algunos peligros y logrado conquistar bastiones claves. Desde 1966 pasaron a controlar la Editorial Universitaria de Buenos Aires, Eudeba, donde introdujeron la censura, el secuestro y hasta la quema de libros.¹⁰⁵ Esta singular empresa había provocado el mayor boom editorial de los años sesenta en América Latina, al punto de publicar la lingüística de Ferdinand de Saussure y vender sin menos de un mes 26,000 ejemplares, la mayor parte en quioscos callejeros.¹⁰⁶

Las novedades perturbadoras fueron desterradas de los catálogos y exhumados intelectuales del nacionalismo restaurador. Es el caso de la biografía de Hugo Wast titulada *Genio y Figura*, que era cerrada con "la foto de un homenaje en el Ministerio de Educación con sus familiares, los en ese momento jefes de la Fuerza Aérea y del Primer Cuerpo del Ejército: sus hijos".¹⁰⁷

La influencia del revisionismo histórico también encontraba por aquellos años manifestaciones de adhesión en la cúpula de la burocracia sindical peronista. El retrato de Juan Manuel de Rosas presidía el despacho de José Rucci, dirigente metalúrgico y líder de la poderosa Confederación General del Trabajo. Los burocráticos obreros de mentalidad "nacional" rendían homenaje al gobernante defensor de la soberanía argentina y, detalle que no les preocupaba, a uno de los conspicuos constructores del latifundismo ganadero pampeano. Los obreros, en conclusión, estaban definitivamente vacunados contra tentaciones extremistas y antinacionales.

El tinglado de estas ilusiones, a la vez arcaicas y modernizantes, fue barrido en mayo de 1969. Esa verdadera insurrección masiva en la capital industrial del Interior que fue el "Cordobazo", demostró que en las bases populares alentaba otro proyecto de país, y que la pomposamente llamada "Revolución Argentina" había llegado a su ocaso.

En el cerrado ámbito del poder presidencial, amurallado en su soberbia tecnocrática e integrista, cundieron el desconcierto y el temor. Como despedida melancólica y final, Mario Díaz Colobrero, alto funcionario de vieja

cepa restauradora, ensayó una grotesca explicación: se trataba de un complot extremista manipulado por agitadores extranjeros.¹⁰⁸ El recambio ministerial inevitable apartó a muchos ateneístas del gobierno nacional y, desde la deposición de Onganía por las Fuerzas Armadas en 1970, "poco se ha oído hablar del Ateneo de la República o de sus miembros más prominentes".¹⁰⁹

El dramático y vertiginoso capítulo de la historia argentina reciente que abrió el "Cordobazo", ya no contó entre sus protagonistas significativos a estos intelectuales, que persiguieron con singular tesón a lo largo de nuestro siglo su crepuscular utopía criolla.

NOTAS

1. Manuel Gálvez, *El solar de la raza*, Poblet, 7a. Edición, Buenos Aires, (1943), p. 44.
2. Enrique Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino*, Tomo I 2 (Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1975), pp. 170-171.
3. Leopoldo Lugones (hijo), *Mi padre*, Biografía de L. Lugones, Buenos Aires (1994), pp.229-300.
4. Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina* (Grijalbo, México, 1985), pp.87-88.
5. Francisco Bullrich, *Arquitectura argentina contemporánea* (Nueva Visión, Buenos Aires, 1963).
6. Damián Bayoán, *Aventura plástica de hispanoamérica, pintura, cinetismo, artes de la acción (1940-1972)* FCE, (México, 1974), pp.57 y 70.
7. Jean Franco, *Op.cit.*, pp. 111, 112, 113.
8. Francisco Bullrich, *Op. cit.*, p. 28.
9. Damián Bayoán, *Op. cit.*, pp. 24 y 68.
10. *Ibid.*, p.25.
11. E. Zuleta Alvarez, *Op. cit.*, pp. 182, 185, 186, 187.
12. Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, (Sudamericana, Buenos Aires, 1987), pp.51-52.
13. J. Franco, *Op. cit.*, p. 109.
14. Ministerio de Educación y Cultura. Academia Provincial de Cultura, *El pintor Quirós de Santa Fe*, (Santa Fe, Argentina, 1954), p.62.
15. E. Zuleta Alvarez, *Op. cit.*, p. 204.
16. *Ibid.*, pp. 205, 206, 207.
17. *Ibid.*, pp 2210-213.
18. C. Buchrucker, *Op. cit.*, p. 62.
19. *Ibid.*, p. 62.
20. E. Zuleta Alvarez, *Op. cit.*, p. 217.
21. C. Buchrucker, *Op. cit.*, p. 49.
22. *Ibid.*, p 72.
23. E. Zuleta Alvarez, *Op. cit.*, pp:216, 217.
24. C. Buchrucker, *Op. cit.*, p. 49.
25. Luis Alberto Sánchez, *Balance y liquidación del novecientos: ¿Tuvimos maestros en nuestra América?* (Universo, Lima, 1973), pp.47, 48, 49.
26. Jean Franco, *Op. cit.*, p.289.
27. *Ibid.*, pp.200 a 204.
28. Jorge Luis Borges, *Prosa completa*. Vol.3 (Bruguera-Emecé, Barcelona, Buenos Aires, 1985), p. 140.
29. Jean Franco, *Op. cit.*, p. 282.
30. E. Zuleta Alvarez, *Op. cit.*, pp. 229, 230, 231.
31. Monica Quijada, *Manuel Gálvez: 60 años de pensamiento nacionalista* (Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985), pp. 92, 93, 94.
32. José María Rosa (h). *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* (Buenos Aires, 1943).

33. Norberto D' Atri, "Apéndice: El revisionismo histórico. Su historio- grafía", en Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico* (A. Peña Lillo, Buenos Aires, 5a. Ed. 1975), pp.124 y 125.
34. Horacio J. Cuccorese, *Rómulo D. Carbia: ensayo bio-bibliográfico* (Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962).
35. C. Buchrucker, *Op. cit.*, pp. 247 y 248.
36. Juan Carlos Moreno, *Juan Genio y figura de Hugo Wast* (Eudeba, Buenos Aires, 1969).
37. E. Zuleta Alvarez, *Op. cit.*, Tomo II, pp.458-475.
38. Federico Ortiz, y Ramón Gutiérrez, *La arquitectura en la Argentina 1930-1917*, (sin editorial, Buenos Aires), p.41.
39. Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina I, hasta 1943*, (EMECE, Buenos Aires, 1981), pp. 274-284.
40. C. Buchrucker, *Op. cit.*, p 281.
41. *Ibid.*, p. 282.
42. Comisión Organizadora de la Exposición-Homenaje, C. B. de Quirós, *Exposición de Homenaje*. (Peuser, Buenos Aires, 1944).
43. Jorge Luis Borges, *Op. cit.*, p.139.
44. Alberto Ciria, *Política y cultura popular: la Argentina peronista, 1946-1955* (Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1983), p.215.
45. *Ibid.*, p. 283.
46. Federico Ortiz, y Ramón Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 41.
47. *Ibid.*, p. 43.
48. Pedro Sonderéguer, *Arquitectura y modernidad en la Argentina II* (Cuadernos de Traza, México, 1987).
49. Ernesto Goldar, "La literatura peronista", en Gonzalo Cárdena y otros, *El peronismo*, Carlos Pérez (Editor, Buenos Aires, 1969), pp. 139-186.
50. *La Prensa*, 14 de junio 1953.
51. *Ibid.*, 21 de noviembre 1954.
52. *Ibid.*, 24 de abril 1955.
53. Ministerio de Educación y Cultura, Academia Provincial de Cultura, p. 16.
54. *Ibid.*, p.3.
55. *Ibid.*, p. 50.
56. *Ibid.*, p. 46.
57. *Ibid.*, p. 50.
58. *Ibid.*, p. 52.
59. *Ibid.*, p. 46.
60. Tulio Halperin Donghi, *Crónica del periodo*", en *Argentina 1930-1960* (Ed. Sur, Buenos Aires, 1961), p. 67.
61. Alain Rouquié, *Op. cit.*, p. 133.
62. Mario Amadeo, *Ayer, Hoy, Mañana* (Editorial Gura, Buenos Aires, 1956), pp. 34 y 35.
63. *Ibid.*, pp. 34 y 35.
64. Alain Rouquié, *Op. cit.*, pp. 131, 132, 133.
65. *Ibid.*, pp. 158-159.

66. Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino* (Siglo XXI, Buenos Aires, 1970), pp. 38 y 39.
67. Ministerio de Educación y Cultura. Academia de Cultura, op. cit., p.9.
68. Tulio Haperin, Donghi, *La pintura histórico argentino* (Siglo XXI, Buenos Aires, 1975), p.20.
69. *Ibid.*, p. 28.
70. *Ibid.*, p. 31.
71. *Ibid.*, pp. 31 y 32.
72. Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana II* (Ed. FCE, México, 7a. ed., 1985), p. 270.
73. *Ibid.*, p. 272.
74. Ernesto Sábato, *Sobre héroes y tumbas* (Faber, Buenos Aires, 3a Ed. 1964).
75. Enrique Anderson Imbert, *Op. cit.*, pp. 112 y 113.
76. Jean Franco, *Op. cit.*, 112 y 113.
77. *Ibid.*, p. 204.
78. Federico Ortiz y Ramón Guitiérrez. *Op. cit.*, p. 41.
79. *Ibid.*, p. 43.
80. Francisco Bullrich, *Op. cit.*, p. 58.
81. *Ibid.*, p. 56.
82. Federico Ortiz y Ramón Guitiérrez. *Op. cit.*, p. 57
83. Francisco Bullrich, *Op. cit.*, pp. 51 y 52.
84. *Ibid.*, pp. 51 y 52.
85. Alain Rouquié, *Op. cit.*, p. 260.
86. Peter G Snow, *Fuerzas políticas en la Argentina* (Emecé, Buenos Aires, 1983), pp. 163, 164.
87. *Ibid.*, p. 166.
88. *Ibid.*, p. 166.
89. Alain Rouquié, *Op. cit.*, p 241.
90. *Ibid.*, p. 246.
91. *Ibid.*, p. 246.
92. *Ibid.*, p. 246.
93. *Ibid.*, p. 253.
94. *Ibid.*, p. 259 y 264.
95. Leandro de Sagastizabal, "Eudeba, la lejanía del pasado reciente", en *Todo es historia*, No. 280. Buenos Aires, (1990).
96. Peter G Snow, *Op. cit.*, p. 169.
97. Tulio Halperin Donghi, *Op. cit.*, p.42.
98. *Ibid.*, p. 44.
99. J. Lafforgue, y J.B. Rivera, "Realismo tradicional: narrativa urbana", en *Historia de la Literatura Argentina*, tomo II (ed. CEAL, Buenos Aires), 1968.
100. *Ibid.*, p. 875.
101. Tulio Halperin Donghi, "José Luis Romero y su lugar en la historio-grafía argentina", Postfacion en José Luis Romero, *Las ideologías de la cutultura nacional y otros ensayos* (CEAL, Buenos Aires, 1982), p. 187.
102. Pedro de Paoli, *El revisionismo histórico y las desviaciones del Dr. José María Rosa* (sin

editorial, Buenos Aires, 1965).

103. Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino* (Siglo XXI, Buenos Aires, 1970), p. 43.

104. Alain Rouquié, *Op. cit.*, p. 273.

105. Leandro de Sagastizábal, *Op. cit.*, p. 273.

106. *Ibid.*, p. 29.

107. *Ibid.*, p. 36.

108. Alain Rouquié, *Op. cit.*, p. 285.

109. Peter G. Snow, *Op. cit.*, pp. 166 y 167.

ABSTRACT

La utopía criolla en el Siglo XX: cultura y política del nacionalismo restaurador en Argentina

In various Latin American countries, at the time of the nationalist-populist political experiments in the cultural sphere, a current of conservative, Hispanic, Catholic conservatism emerges, pronouncedly opposed to the democratization processes, creating a vast symbolic production of romantic and archaic features.

In Mexico, Peru, and Argentina, a fraction of the intelligentsia criticized the liberal tradition and the frenchified culture of the oligarchic republics, proposed a return to the Spanish and religious roots of the **criollo** mentality, exalting Mussolini and his fascist regime as the model for the counter-revolution they promote.

In Argentina, the national case discussed here, the nationalist-restoration proposes an ample symbolic offer in the plastic arts and architecture, narrative literature, and historical-political analysis. With this complex effort and its militant minority activity, from 1930 to 1943, they lay the groundwork for the emergence of **peronista** populism. Throughout the *justicialista* decade, they colonize the official cultural spaces and they taint *peronismo* with unconditional traditionalism in the symbolic realm. From 1955 to 1970, we witness the disintegration-transformation of this trend: its extension in an authoritarian, pro-american, developmentalism; and in an unexpected evolution, its transformations it into the largest source for the questioning the **peronista**-populist culture, of considerable influence in the politics of Argentina just before the **coup d'Etat** in 1976.

Nationalist restoration and its derivations have embodied the other large space in the dominant Argentinean culture in the XXth Century, strongly confronting the better-known space of cosmopolitan liberalism, exemplified by the works and personality of Jorge Luis Borges.